

FESTIVAL de VENEZIA (1)

Se reanuda la aventura

EN 1972 se clausuró el festival de cine de Venecia. Parecía que nunca iba a reaparecer. A las concretas crisis internas de ese festival, se añadía el criterio generalizado de que no vivimos ya un momento en el que los festivales sean necesarios. Al contrario: todo tipo de manipulación entre el contacto que debe establecerse entre espectador y película supone un atentado a ambos. Y un festival manipula en su propia selección al considerar importantes unas películas y rechazar otras, manipula igualmente en la concesión de premios como si las películas fuesen comparables entre sí por el simple hecho de filmarse en celuloide, manipula también en la organización de la "fiesta" que supone un festival reservado a una determinada clase social: la que puede costear el alto precio de las entradas, los trajes de noche y el "smoking". Finalmente, un festival ofrece una pésima perspectiva para los informadores, puesto que el atracán diario de películas dispares impide cualquier reflexión seria sobre unas obras que no han sido hechas para compararse entre sí ni contemplarse en esas condiciones.

A estos aspectos generales se añadía en el festival de Venecia la crisis económica que suponía estar situado después del de Cannes, que es el único festival del mundo que dispone de todos los medios precisos desde que fue colonizado por las multinacionales, realmente interesadas en la promoción internacional de sus productos. El de Venecia agonizaba. En 1968 recibió la puntilla. El ambiente revolucionario de aquel famoso año cuestionó la validez de los festivales; mientras el de Cannes supo soportar la tempestad haciendo leves correcciones en su organización, incluyendo "secciones paralelas" que conformaran a todos, Venecia reformó sólo dos puntos básicos: la no concesión de premios y la no exigencia del "smoking", pero no llevó más adelante su reforma interna, y, así, conti-



DIEGO GALAN

nuaba manipulado por la democracia cristiana, empeñada en rentabilizarlo de cara a las elecciones y de imponer su particular punto de vista sobre lo que el cine era o debía ser. Al izquierdista Luigi Chiarini sucedió en la dirección del festival el reaccionario Gian Luigi Rondi, con quien Venecia se transformó en un fantasma ilógico y absurdo. 1972 fue el año definitivo de su gestión, cuando los realizadores italianos se negaron a que sus películas fueran presentadas en el palacio del festival. En su lugar eligieron una pequeña iglesia abandonada del centro de Venecia donde se dieron todo tipo de proyecciones y donde se celebraron todo tipo de encuentros y sesiones de trabajo que analizaban no ya la situación del festival de Venecia, sino la del cine italiano. Muchas de las conclusiones que allí se tomaron se encaminaban a la desacralización del cine y a su promoción como medio cultural antes que a su comercialización simple y llana. Hubo, claro está, demasiados planteamientos irrealizables, pero lo importante no estaba en la aplicación concreta de lo que se decidía, sino en el hecho mismo de que se quisiera decidir al margen de la organización oficial del festival y del cine.

Finalmente, la "mostra" veneciana, creada en tiempos de Mussolini, desapareció.

Resurge ahora, siete años después, en un intento de asimilar su historia y de adaptarse a

los "nuevos tiempos". De momento, permanecen las dos viejas decisiones democratizadas: ni premios ni "smoking". Pero eso no basta; a un festival hay que adornarlo con nuevas técnicas para conseguir objetivos imprescindibles: que los productores se sientan estimulados y envíen sus películas al festival (y no ocurra así lo que pasa en el festival de Berlín, donde se proyecta lo que ha sido rechazado en Cannes y donde las crisis internas que ello provoca han decidido este año la dimisión de su director), y que la manifestación cultural tenga suficiente entidad como para convocar a todos los interesados en el tema del cine. Para conseguir esos propósitos se ha nombrado como director a Carlo Lizzani, viejo militante comunista, realizador irregular y contradictorio al que se deben títulos tan excelentes como "Crónica de los pobres amantes" o "El proceso de Varona", pero también comedietas eróticas y reaccionarias y algún que otro insípido "spaghetti western". Lizzani ha conseguido reunir este año una serie de películas de interés ("El prado", de los hermanos Taviani; "La Luna", de Bertolucci, y "Operación ogro", de Pontecorvo, son los platos fuertes del festival), al tiempo que ha organizado retrospectivas nada discutibles —Marcel Pagnol y Nicholas Ray— y una importante mesa redonda sobre "El cine de los años ochenta", que pretende

ampliarse en años sucesivos al análisis del cine del Tercer Mundo y los países socialistas. Finalmente, Lizzani ha ampliado las proyecciones a distintos pueblos y ciudades para eliminar el carácter de fiesta reservada a los habitantes del Lido veneciano.

Sin embargo, su gestión ha empezado ya a discutirse. Son muchos los que piensan que la desaparición del León de Oro, premio mayor de Venecia, elimina la característica principal de un festival de cine: su competitividad. Gracias a esos premios, muchas películas en principio destinadas a salas "culturales" han podido proyectarse en circuitos comerciales más amplios y, con ello, se ha posibilitado la realización de nuevas películas "culturales". El mercado tiene sus normas y es absurdo ir contra ellas. Eso piensan, al menos, realizadores como Gillo Pontecorvo (que este año podía competir con su "Operación ogro"), Giuliano Montaldo (director de "Sacco e Vanzetti"), Elio Petri ("Investigación sobre un ciudadano libre de toda sospecha"), Francesco Rosi ("Salvatore Giuliano"), Michelangelo Antonioni ("El reportero")... En Venecia se han concedido premios más dignos que en Cannes. En sus últimos años, por ejemplo, fueron premiadas "Artistas bajo la cúpula del circo: perplejos", de Alexander Kluge; "Belle de jour", de Buñuel; "La batalla de Argel", de Pontecorvo, o "Vaghe stelle dell'orsa", de Visconti... A esta crítica se añade otra reservada al tema del "smoking", que no es obligatorio, pero sí posible. Ferreri se sorprende: "Ah, ¿pero todavía hay festivales?", y comienza a producirse el inevitable enfrentamiento entre quienes luchan por defender una tribuna internacional de promoción cinematográfica y los que siguen pensando que no son necesarias o, en cualquier caso, sólo posibles con las normas eternas: competitividad y protección del mercado. Venecia, probablemente, será este año una nueva lucha. ■ D. G.